

## MEDITACIÓN ANTE EL “ICONO DE LOS MÁRTIRES Y TESTIGOS DE LA FE DEL SIGLO XX” SAN BARTOLOMÉ, ROMA\*

En la Iª fase de la preparación de la III Asamblea Ecu­ménica Europea, en la sesión en Roma del 24 al 27 de enero de 2006, se presentó el icono de “los nuevos mártires”, de San Egidio. En una imagen se concentran personas de tradiciones cristianas muy distintas que en el siglo XX sufrieron y murieron por causa de su fe. Este icono recuerda especialmente la herencia común de todas las Iglesias de Europa. El icono desarrolla una reflexión sobre la imagen.

(la imagen está disponible en el CD incluido en el cuaderno)

El “Icono de los nuevos mártires” se encuentra desde principios de este siglo XXI en la basílica de San Bartolomé, en la isla del Tíber en Roma. Fue creado por Renata Sciachi, una mujer rumana ortodoxa, y se pintó según el estilo clásico secular de los pintores de iconos. Sin embargo, quien lo examina de cerca puede reconocer detalles modernos en el cuadro: alambre de espino, ametralladoras, soldados uniformados, un vagón de ganado con presos. El icono se sitúa en la larga tradición de las representaciones de mártires de la

\* Traducción de la lengua alemana al español del Prof. José Ramón Matito Fernández. Revisión técnica y teológica del Prof. Dr. Fernando Rodríguez Garrapucho.

Iglesia, pero es original y llamativo. Se titula "Mártires y testigos de la fe del siglo XX".

---

Dios, te invoco al alba del día,  
ayúdame a rezar  
y a dirigir mis pensamiento hacia ti,  
yo solo no puedo.

En mí hay oscuridad,  
pero contigo está la luz,  
yo estoy solo, pero Tú no me abandonas.  
Estoy apagado, pero contigo está la ayuda.  
Estoy inquieto, pero contigo está la paz.  
En mí hay amargura, pero contigo está la paciencia.  
No comprendo tus caminos, pero  
Tú sabes cuál es mi camino.

Ante ti presento a todos los míos.  
A mis compañeros de presidio y a todos aquellos  
que desempeñan en esta casa su difícil tarea.  
¡Señor, ten piedad!  
Vuelve a darme la libertad,  
y hazme vivir ahora de tal forma  
que pueda responder ante ti y antes los hombres.  
¡Señor, que este día también haga posible  
que tu nombre sea alabado!  
Amén.

DIETRICH BONHOEFFER

El icono representa la asamblea tal y como es descrita en el libro del Apocalipsis de Juan:

Apocalipsis 7, 9.14-17  
(Traducción de Lutero)

<sup>9</sup>Después miré y había una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y el Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos.

<sup>14</sup>Esos son los que vienen de la gran tribulación; han lavado sus vestiduras y las han blanqueado con la sangre del Cordero.

<sup>15</sup> Por eso están delante del trono de Dios, dándole culto día y noche en su Santuario; y el que está sentado en el trono extenderá su tienda sobre ellos.

<sup>16</sup> Ya no tendrán hambre ni sed; ya no les molestará el sol ni bochorno alguno.

<sup>17</sup> Porque el Cordero que está en medio del trono los apacentará y los guiará a los manantiales de las aguas de la vida. Y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos”.

Una gran cantidad de mártires se dirigen hacia Cristo solemnemente llevando palmas en las manos; les acompañan María, Juan el evangelista y Juan el Bautista con los apóstoles Pedro, Pablo y Andrés, los santos mártires Bartolomé y Adalberto, a los cuales está consagrada la basílica de la isla del Tíber.

Por debajo, según la visión del libro del Apocalipsis, el ángel extiende la tienda de Dios sobre la tierra y aparece la inscripción en italiano “Attraverso la grande tribolazione”, en español: “A través de la gran tribulación” (Ap 7, 14).

En medio de la tierra hay una catedral rodeada de alambrado de espino: una iglesia que se convierte en un campo de concentración, un campo de concentración que se transforma en una iglesia.

En el centro se halla la cruz de Cristo y la Biblia abierta por el pasaje: “Tutti siamo una cosa sola” (“que todos sean uno”), de la oración sacerdotal de Jesús en el evangelio de Juan (cap. 17). Por eso se reúnen los cristianos y las cristianas de la tradición ortodoxa oriental (en la parte izquierda) y de la tradición occidental (en la parte derecha). El lugar de la persecución es el lugar de la oración y de la unidad de las Iglesias de Occidente y de Oriente. A la derecha se encuentra Dietrich Bonhoeffer con un libro en la mano. “Las cristianas y los cristianos que han derramado su sangre por la fe”, dice Paolo Ricca, teólogo de la Iglesia valdense, “son la simiente de la unidad. Ellos han dado testimonio por el parentesco espiritual de los hijos de Dios. De esta forma nos fortalecen en la fe y en la confianza de un futuro en unidad”.

Apenas existe un país en Europa en el que cristianas y cristianos no hayan padecido en el siglo XX a causa de su fe. El siglo XX no es sólo la historia de algunos cristianos valien-

tes, sino la historia de un “martirio de masas”, como Andrea Riccardi, fundador de San Egidio, escribe en su libro “Sal de la tierra. Luz del mundo”. No en todas las Iglesias existe desde hace tiempo la tradición de la veneración de los santos, pese a lo cual, en todas las tradiciones cristianas se sabe de hombres que han sido perseguidos por su fe, y también en época reciente.

Por debajo de la basílica, en el centro del icono, se puede ver el rostro del párroco Paul Schneider entre los barrotes de la celda. El “predicador de Buchenwald” lleva la ropa de recluso del campo de concentración. Su intrépido ingreso en la Iglesia confesante le condujo a enfrentamientos con el régimen nacionalsocialista y a continuas detenciones, hasta que fue internado en el campo de concentración de Buchenwald. Allí todas las mañanas, desde su celda, dirigía en voz alta una meditación matutina para sus compañeros de prisión y evocaba una palabra bíblica de consuelo para los que formaban en la plaza donde pasaban revista. A consecuencia de los castigos corporales y de una inyección letal murió el 18 de julio de 1939. En su memoria, en el año 2003 la familia entregó una de sus cartas desde Buchenwald a la iglesia de San Bartolomé, y allí fue conservada junto a otras reliquias. En ella le escribe a su mujer: “Celebramos el futuro del Señor resucitado, que es la victoria de la vida sobre la muerte, y nuestra fe es la victoria que ha vencido al mundo”.

A la derecha, por debajo de la celda de Paul Schneider, hay una pequeña celda en la que se puede reconocer el rostro de Edith Stein, a la izquierda se recuerda a los mártires de Argelia, India y Líbano. Bajo la ventana de Schneider se mueven los vagones de ganado con presos recorriendo el largo camino que les lleva hasta el campo de concentración. Una ciudad con los muros destruidos simboliza el hundimiento de la convivencia. Justo a la derecha de las ruinas hombres y mujeres armenios huyen junto a un sacerdote armenio, reconocible por la vestidura con capucha negra. Recuerdan el genocidio armenio en Turquía a comienzos del siglo pasado.

En el límite inferior del icono, en el centro, dos escenas representan cómo son profanadas las iglesias: en la imagen de la izquierda los cristianos son empujados fuera de la iglesia y de la ciudad en marcha mortal; en la imagen de la derecha, hombres y mujeres son asesinados mientras rezan en

una iglesia profanada. En el centro se encuentra un sacerdote albano que fue asesinado porque había bautizado a un niño.

Debajo, a la izquierda, se recuerda a la Iglesia rusa-ortodoxa con un monasterio enclavado en la isla de Solovki, en el Mar Blanco, utilizada como *gulag* en la época soviética. Debajo, a la derecha, están representadas las Iglesias de occidente; entre otros, aparecen el párroco Puglisi, asesinado por la mafia, y Óscar Romero, arzobispo de San Salvador, que en 1980 fue tiroteado ante el altar durante una celebración eucarística. Del arzobispo Romero procede la afirmación: “La Iglesia habría traicionado su amor a Dios y su fidelidad al Evangelio si dejara de ser la voz de los que no tienen voz”.

Sobre la iglesia de Romero hay tres cuadros levantados con escenas sucesivas de la pasión de Cristo: el proceso injusto, tortura y escarnio, y la ejecución de la pena de muerte. En la primera escena se recuerda la detención ilegal y la muerte, que nunca llegó a aclararse, del obispo anglicano Luwum de Uganda, que en 1977 pereció y cuya imagen está representada en el pórtico de la abadía de Westminster. Entre los que fueron ejecutados a espada se encuentran los seminaristas hutu y tutsi que fueron matados a machetazos porque no querían separarse unos de otros. En la segunda imagen de arriba aparecen fuertemente abrazados. Otro es el sacerdote ruso-ortodoxo Alexander Men. Durante décadas fue vigilado por la KGB, y una mañana de septiembre de 1990, cuando iba de camino hacia la iglesia fue matado a hachazos.

Entre los fusilados se encuentra el Patriarca copto de Etiopía Abuna Petros; y los mártires de México y España, entre ellos el “gitano” Ceferino, que fue asesinado mártir durante la guerra civil española.

En el extremo izquierdo del icono, sobre el monasterio y el *gulag* de la isla de Solovki, en serie ascendente pueden reconocerse las obras de los mártires: **La oración**: En la oscuridad de una prisión en Rumania, católicos, ortodoxos y baptistas se reparten la Biblia para memorizarla y recitársela mutuamente. Un hombre solitario en una celda recuerda a los encarcelados en China. **El amor al prójimo**: tras una verja puede reconocerse a Maximiliano Kolbe con ropa de preso. En febrero de 1941 fue detenido y recluido en el campo de exterminio de Auschwitz. En julio de 1941, diez hombres fueron

seleccionados durante la revista por el comandante Fritsch para ser encerrados en el bunker del hambre como castigo por la fuga de un recluso. Uno de los seleccionados, Franz Gajowniczek, gritó y recordó entre lágrimas a sus dos hijos. Compadeciéndose, Kolbe dio un paso al frente y cambió su vida por la del padre de familia, lo que Fritsch aceptó. Kolbe fue encerrado en el bunker del hambre. Durante días se le escuchó cantar y rezar. Después que los otros nueve compañeros de infortunio hubieron muerto ya de hambre, Kolbe daba aún leves señales de vida, por lo que el verdugo del campo le administró una inyección de veneno, lo que supuso su muerte definitiva. En la imagen del icono se encuentran junto a Kolbe los que entregaron su vida por los enfermos y los hambrientos, y los que llegaron a morir por acoger a un enemigo.

Finalmente, en la imagen superior puede observarse la transmisión del Evangelio. Esta escena recuerda a todos los misioneros que fueron asesinados en todos los continentes del mundo.

Cuando hoy observamos a todos estos hombres surge de nosotros nuestro agradecimiento. Gracias al coraje y la fidelidad de cristianas y cristianos de todas las confesiones se ha dado testimonio de Cristo. Ninguno de los hombres del cuadro quiso morir. Ellos amaron la vida, lucharon y abogaron por ella. Muchos de ellos creyeron tan firmemente en la vida y el amor de Cristo que la muerte no pudo intimidarlos.

La mayoría de estos mártires contemporáneos son desconocidos. Muchos se desanimaron y desesperaron. Ellos están cerca de nosotros en su debilidad. Pero incluso el más pequeño, el menos heroico, puede darnos impulso para transformar nuestra vida en una luz en medio de la oscuridad, en un testimonio de Jesucristo.

En el centro del icono puede verse sobre un fondo rojo sangre el cirio pascual. Recuerda la resurrección de Jesucristo, la victoria sobre la pasión y la muerte. Debajo puede leerse: “Christo dice: Yo soy la luce del mondo” (“Cristo dice: yo soy la luz del mundo”). En Juan 8, 12 se dice a continuación: “El que me sigue ya no caminará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”. Los hombres representados en el icono escuchan y saben de ese testimonio de Cristo, que se extiende por el mundo lleno de dolor y está junto a los hombres.

Los mártires del siglo XX no sólo son testigos de la fe para sus contemporáneos, sino también para los hombres de hoy. Cuando hoy abrimos los tesoros ocultos de nuestras iglesias, las cristianas y los cristianos de las diferentes Iglesias y de distintos países se encuentran con aquellos que han rezado y creído de otra manera, pero que estuvieron unidos en el seguimiento y el testimonio de Jesucristo. El mártir ama la vida, y no la muerte; la mártir ama las bienaventuranzas y el Evangelio. Europa tiene miedo de la infiltración extranjera, el mártir arriesga su vida por la reconciliación. Europa está preocupada por la seguridad económica y política, la mártir eleva la voz de los olvidados.

“La luz de Cristo ilumina a todos”, el mensaje de la III Asamblea Ecuménica Europea recibe fuerza y perseverancia del testimonio de los mártires del siglo XX. Este testimonio seguirá siendo transmitido y escuchado.

Párroco BÁRBARA RUDOLPH  
*Gerente del Grupo de Trabajo  
de las Iglesias Cristianas de Europa*

